

## Danza de ausencias

### La visita de la muerte

Cuatro monólogos pronunciados por personas que están a punto de abandonar su existencia componen esta *Danza de ausencias*. El eco de las danzas de la muerte resuena inequívoco en todos ellos. La muerte visita a todos y su llegada es en ocasiones previsible y hasta largamente preparada; otras veces, sin embargo, llega de improviso, pero nunca renuncia a cumplir su misión. La pieza tiene mucho de ejercicio de estilo, de puesta al día de un motivo literario y teatral clásico, tanto en lo que se refiere a la escritura como en lo que atañe a la puesta en escena, para la que se recurre a cuatro espacios diferentes, uno para cada historia, por los que transitan los espectadores como en una procesión conducida por el cortejo de la muerte.

Los cuatro monólogos exploran diferentes posibilidades de relación con la muerte. En *Danza para violín y revólver* el estilo se tiñe de lirismo con la música como fondo para contar la historia de una mujer viuda y enferma que parece haberla llamado y se arrepiente de ello cuando ya es tarde. En *Danza de los veraneantes* un estilo con ribetes neoexpresionistas se emplea para narrar la historia de un hombre mayor abandonado por su familia de una manera humillante que se suicida en un parque público con un perro como único testigo de su desdicha. La *Danza de la chatarra* recurre a un humor más o menos disparatado para contar el infarto de un hombre agobiado por las vicisitudes de su negocio y sobre todo las excentricidades de su familia. La *Danza de la última pirámide*, el texto más arriesgado y ambicioso, nos conduce al mundo delirante de una vieja aristócrata que pasa su existencia construyendo y destruyendo fabulosos mausoleos para ahuyentar así a la muerte, aunque

sea a costa de perder la inmensa fortuna acumulada por su estirpe a lo largo de siglos.

Los personajes de estas danzas tienen en común la soledad y son seres que se encuentran en el crepúsculo de su existencia. La excepción la constituye el protagonista de *Danza de la chatarra*, todavía joven y pleno de energías, rodeado de teléfonos y agobiado por las personas de su propio entorno, aunque tal vez pueda advertirse en él una soledad más profunda. El interés de las historias es desigual. Algunas de ellas resultan demasiado largas y previsibles, como ocurre con la *Danza de los veraneantes*, pese a lo acertado de la tragicómica situación dramática de la que se parte, o con la *Danza de la chatarra*, aunque no faltan en ella momentos cómicos que posibilitan el lucimiento del actor, o con *Danza para violín y revólver*, aunque se haya logrado un intenso clima de evocación y recuerdo. Más brillante resulta la *Danza de la última pirámide*, el texto que cierra el espectáculo y que nos traslada a un mundo de fantasía y de delirio, más sugestivo que los planteamientos sobre asuntos más cotidianos utilizados en las piezas segunda y tercera.

La puesta en escena de este espectáculo descansa sobre dos pilares fundamentales: el cambio de espacios para las escenas y el trabajo actoral. El primero resulta vistoso e inicialmente sorprendente, aunque cabe preguntarse si existe una profunda justificación dramática para adoptar esta decisión más allá de la propia capacidad de sorpresa o de juego teatral que lleva consigo. Ciertamente las propuestas escénicas de Campos suelen elegir fórmulas que rompan con los modos habituales de percibir el espectáculo teatral, y esa actitud de experimentación formal constituye ya un empeño loable.

Respecto al trabajo de actores, resulta innecesario insistir en que la fórmula del monólogo está pensada especialmente para el luci-

miento de su intérprete. La elección del elenco ha preferido actores veteranos y sólidos, que se defienden muy bien en esta disciplina y que la abordan desde una concepción interpretativa que subraya precisamente la teatralidad, en detrimento de la contención o la naturalidad, pero que, en casi todos los casos, funciona adecuadamente en un espectáculo de estas características. Claudia Gravi, en el primer monólogo se muestra tierna, íntima y sugerente, y crea ese personaje extremadamente sensible que se perfila en el texto. Menos acertado se encuentra José Lifante en una historia en la que el humor negro no termina de llegar al espectador, sino que se pierde en lo discursivo. Mario Vedoya explota su capacidad para la creación cómica en otra historia basada en el contraste entre lo cotidiano y lo mágico, entre el humor y el dolor; pero tal vez le falta un punto de finura, y capacidad de contención del histrionismo. Más atractivo resulta el trabajo de Maite Brik, otra actriz veterana, a la que ciertamente ayuda un texto que permite mantener la atención del espectador o hacia un final menos esperado y también jugar con las posibilidades de la excentricidad y la locura.

Eduardo Pérez-Rasilla

**Título:**  
*Danza de ausencias.*

**Autor:**  
Jesús Campos.

**Dirección  
y espacio escénico:**  
Jesús Campos.

**Intérpretes:**  
Claudia Gravi,  
Teresa Vallejo,  
José Lifante,  
Mario Vedoya,  
Maite Brik, Goyo Pastor,  
Francisco Pacheco.

**Estreno en Madrid:**  
Museo del Ferrocarril.  
30-X-2000.